

Finalmente nuestra democracia nos salió cucha

Lorenzo Meyer

Germán, hace justo diez años, en tu columna del 11 de julio del 2001, recordabas y recreabas el espíritu que dominó en una visita sabatina que hicimos ese verano a un estudio de radio en “Los Pinos”. Entonces nuestra recién ganada democracia política aún olía a nueva y todavía el eco de aquel “¡no nos falles!” que se había coreado frente a Vicente Fox un año antes en la Columna de la Independencia, resonaba a esperanza y no a duda y, menos –como ocurriría a partir de la segunda mitad del sexenio– a certeza de que, en efecto, había fallado, y en grande.

En aquella ocasión fuimos a una casa presidencial de no muy buena reputación, porque suponíamos que esa mala fama había quedado atrás, que se estaba iniciado un capítulo realmente nuevo y muy positivo de nuestra historia política, uno que terminaría por cambiar el espíritu que dominaba en los corredores de “Los Pinos” y en el país. Fuimos de buen humor, como correspondía al estado de ánimo optimista de ciudadanos que esperaban ganar el futuro. La broma sobre las toallas que relataste –el sobreprecio al que se habían pagado a raíz del proceso de remodelación de la casa presidencial– suponía que lo entonces denunciado era un mero error de contabilidad y no lo que realmente era: un signo de la corrupción en gran escala que estaba por venir. Yo no había votado por Fox, mi apoyo había sido para Cuauhtémoc Cárdenas, pero no estaba amargado por el triunfo de la derecha. Suponía que lo central de lo que estábamos viviendo había sido la derrota del PRI de los 71 años de monopolio político y que, a diferencia del priismo, el panismo, por su origen e historia de oposición, podía cumplir su promesa de ser una derecha democrática y honrada y que, como en España, la oportunidad para la izquierda no estaba lejos. Habría de pasar aún tiempo, no mucho, para descubrir que ese no sería el caso, que la herencia de la convivencia del panismo con el salinismo en la época de las “concertaciones” había transformado de raíz a ese partido y que el espíritu de Diego Fernández de Cevallos había desbancado al de Manuel Gómez Morín.

Sabíamos que participar en un “programa presidencial de radio” como al que habíamos sido invitados ese sábado 7 de julio en la mañana junto con Jesús Silva Herzog Márquez y Jorge Berry, no era precisamente la oportunidad de hacer historia en el medio, pues no íbamos a romper records de audiencia –quizá sólo las charlas por radio del presidente Franklin D. Roosevelt pudieron atraer en otro tiempo y circunstancia una audiencia masiva– pero lo interesante era empezar a intercambiar ideas, confrontar de forma civilizada y cara a cara, a un presidente que realmente había ganado en buena lid su elección y que se presentaba abierto y receptivo a puntos de vista diferentes a los suyos. Al final las cosas no resultaron como lo habíamos imaginado, pero eso no lo sabíamos entonces.

Germán, tú tuviste oportunidad de ser testigo de como rápidamente se fue achicando el horizonte político de la democracia mexicana recién ganada. Entre 2001 y 2009 el crecimiento per cápita promedio de nuestra economía resultó ser de apenas un insignificante 0.36%. Sin embargo, ni en nuestro escenario menos optimista hubiéramos imaginado entonces que hoy, a un año de que tú te fuiste, el tema central de la discusión y de la acción política mexicanas no sería la mejor forma de modificar nuestro modelo económico para volver a crecer, tampoco la manera en que la calidad de la educación –ya libre del abrazo de Elba Esther Gordillo– iba a transformar a México ni cómo podría avanzar el país más de prisa hacia la equidad en una sociedad donde, según las propias cifras oficiales, el 10% de los mexicanos más pobres apenas recibe el 1.6% del ingreso disponible en tanto que el 10% más próspero disfruta del 37%. No, Germán, cada vez más el tema dominante entre nosotros es simplemente cómo parar una guerra interna que, al concluir ese año en que el destino te trasladó a otra dimensión, le costó la vida a 11, 583 mexicanos y no se ve –y disculpa, por manida, la frase– ninguna luz al final del túnel a donde nos ha metido una clase política que no estuvo a la altura de la enorme, espectacular oportunidad que en el 2000 nos abrió –en realidad, nos abrimos– la historia para situarnos en la dimensión de la dignidad colectiva recuperada.

Fox despertó la imaginación positiva de muchos y pareció que podría dar satisfacción al “hambre de futuro” de los jóvenes, pero resulta que una vez logrado el “asalto a Palacio”, el personaje que lo encabezó prefirió canjear la grandeza histórica por las mezquinas ventajas personales que ofrecía un acomodo con los grandes intereses creados que desde hace mucho dominan el ejercicio de la política en nuestro país. La lucha contra la corrupción –la supuesta captura de los “peces gordos”– nunca pasó del discurso y hoy, en ese y otros campos, la diferencia entre el antes y el después del PRI, simplemente no existe.

El sucesor de Fox, Felipe Calderón, ya no pudo despertar en sus electores otra imaginación que la del miedo ante un supuesto “peligro para México”: Andrés Manuel López Obrador, ese odiado líder de la izquierda al que Fox intentó desaforar e impedir su candidatura ¡por haber empezado a abrir una calle en un baldío para mejor comunicar a un hospital! La política llevada a su dimensión más pequeña y tramposa. Y luego vino el desastre del 2006. El espíritu que envolvió las elecciones de ese año fue el opuesto del que había privado seis años atrás. Y ese espíritu se ha quedado, Germán. Me temo que el encono y la sospecha serán la nota dominante en nuestro próximo encuentro con las urnas, ése que tú ya no pudiste ver.

Hay que admitir, Germán, que se puede seguir haciendo la crítica a los males del país y a los responsables de los mismos, a tu estilo o al de otros, pero hasta ahora esa crítica tiene poco

impacto en la realidad. Perdidos, dilapidados, el ímpetu democrático y la confianza en el futuro colectivo, el desgano y la apatía, el cinismo e incluso el temor al futuro, han vuelto a ganar terreno. Hoy las encuestas nos dicen que la democracia sólo tiene el apoyo del 49% de los mexicanos. No era eso lo esperábamos.

Tú siempre fuiste un optimista, Germán, pero te ausentaste justo cuando más se requiere del optimismo colectivo. Y es precisamente en esa falla del optimismo en la que el PRI ha montado su proyecto para volver a “Los Pinos”. En fin, recordado Germán, que en esa casa presidencial que visitamos hace diez años se ha vuelo a instalar, para citar a Conrad –a ti siempre te gustó citar a buenos escritores–, el “corazón de las tinieblas” ¿A ti se te habría ocurrido cómo volver a sacarlo de ahí? Quizá el insistir en que no hay peor lucha que aquella que no se hace. En fin, hasta siempre, Germán.

Lorenzo Meyer
Académico

